

## Sobre la conveniencia de haber nacido

Fabrice Hadjadj<sup>1\*</sup>

*Recuerda a tu padre y a tu madre  
cuando te sientes en medio de los grandes,  
no sea que los olvides en presencia de ellos,  
y te comportes como un necio,  
y así llegues a desear no haber nacido,  
y maldigas el día de tu nacimiento*

Libro de Ben Sira 23,14.

### De la conveniencia a la inconveniencia

1. La inconveniencia de nacer no se proclamó hasta que nació Cioran. En *La disputa de Homero y Hesíodo*, que Nietzsche atribuyó a Alcidas, discípulo de Gorgias (famoso por su tratado sobre el no ser), Hesíodo se pregunta al principio:

-Hijo de Meles, Homero, sabio de los dioses,  
Contéstame, ¿qué es lo mejor para el hombre?

Y Homero responde:

-Primero, no nacer: eso es lo mejor.  
Luego, una vez nacido, atravesar las puertas del Hades lo antes posible.<sup>2</sup>

La crítica a semejante afirmación tampoco ha esperado a nuestro nacimiento. En su carta a Meneceo, Epicuro cita y objeta inmediatamente.

Es un necio quien sostiene que es mejor no nacer y “una vez nacido, entrar en las puertas del Hades lo antes posible”. Si cree esto, ¿por qué no deja la vida? Tiene los medios, si realmente quiere hacerlo. Y si sólo quería pagar-

---

<sup>1\*</sup> Nacido de padres judíos, es licenciado en filosofía por el *Instituto de Estudios Políticos de París* y director del *Instituto Philanthropos* (Friburgo, Suiza). Es autor de numerosos ensayos, obras de teatro y relatos, y ha sido miembro del Consejo Pontificio para los Laicos. Él y su mujer están esperando su décimo hijo.

<sup>2</sup> HÉSIODE, *LA THÉOGONIE, LES TRAVAUX ET LES JOURS, ET AUTRES POÈMES*, TRAD. P. BRUNET (MODIFIÉE), LE LIVRE DE POCHE, 1999, p. 317.

nos con una buena palabra, se muestra ligero en un tema que no es frívolo.<sup>3</sup>

El argumento *ad hominem* –“quien lo dice es”, o más bien, en este caso, “ese no debería estar aquí para decirlo”– va unido a un argumento lógico. Por un lado, la persona que dice que lo mejor es no nacer, y luego, una vez nacido, dejar este mundo lo antes posible, debería haberse suicidado antes de pronunciar su frase. A esta deslealtad (contradicción existencial) se añade la “buena palabra”, es decir, la mala palabra, que suena fuerte pero es muy débil en la razón (contradicción lógica). Quien habla así es desleal. Utiliza su existencia para denunciar su existencia, serrucha la rama sin la cual no estaría allí para serruchar.

Sin duda hay que ser lo suficientemente materialista para pensar como Epicuro. Su oponente, al invocar una “catástrofe de nacimiento”,<sup>4</sup> asume que ya éramos, y éramos mejores, antes de nacer. Espíritus puros, que hemos caído en los cuerpos, como pájaros atrapados en el pegamento. La respuesta epicúrea toma así un giro antropológico: el hombre es carnal, mente y cuerpo, etc. Y para poner punto final al debate, yendo más allá de la mera antropología, la metafísica siempre puede demostrar la convertibilidad del ser y del bien.

2. El hecho es que ni Cioran ni yo esperábamos cerrar el debate. Y por eso se está reabriendo. Nacidos después de la batalla, tenemos la impresión de ser superfluos, ligados a una contingencia inútil. El mundo podría haber prescindido de nosotros. ¿Qué sentido tienen entonces todas las explicaciones racionales? Cuanto más cierran la pregunta en general, más me rechazan como particular.

Me demuestras, spinozista o providencialista: “No te quejes, tenías que existir, no podía ser de otra manera...”. Haces de la contingencia de mi nacimiento una necesidad. Lo remontas a una causa primera, y su racionalización conduce a mi deslegitimación. En efecto, en lugar de ser legitimado por alguien, soy explicado por algo. ¿Por qué entonces no voy a gritar como Jeremías: *¡Maldito sea el día en que nací!* (Jr 20,14)?

Lo que quiero abordar en estas líneas es que no se puede demostrar que sea bueno haber nacido, porque la bondad del nacimiento sólo se ilumina en otro nacimiento, el de la Natividad, por tanto, el de la Encarnación, y, más allá, el de la filiación eterna. Ahora bien, la Encarnación, no menos que la Creación, no reduce la contingencia a la necesidad. Los teólogos no pueden demostrar que la Creación y luego la Encarnación tuvieron que tener lugar.

---

<sup>3</sup> D. LAËRCE, *VIE, DOCTRINES ET SENTENCES DES PHILOSOPHES ILLUSTRES*, II, TRAD. R. GENAILLE (MODIFIÉE), GF, FLAMMARION, 1965, p. 233.

<sup>4</sup> CIORAN, *DE L'INCONVÉNIENT D'ÊTRE NÉ*, IN *ŒUVRES*, QUARTO, GALLIMARD, 1995, p. 1271.

Dios es libre. Dios es Dios. Así que la teología se contenta con argumentos de “conveniencia”.<sup>5</sup> *Convenientia* se entendería aquí en el sentido fuerte de *convenire*: reunirse, encontrarse, ir, no a algo, sino a alguien cuya libertad es soberana y cuya sabiduría nos supera. Es imposible entenderlo, pero podemos dejar que se revele, y acercarnos a él estando atentos a los armonías de su polifonía, a menudo disonante.

Esto fue presagiado por antiguos rituales. El nacimiento no se justificaba tanto por una comprensión que abolía su contingencia y su misterio, como por una duplicación o redoblamiento que los confirmaba: “En ningún lugar, en ninguna sociedad”, observa el antropólogo Maurice Godelier, “un hombre y una mujer solos son suficientes para hacer un niño”.<sup>6</sup> En todas partes los dioses se invitan a sí mismos en el lecho matrimonial. Y el rito de paso, potenciando la huella divina, duplica el nacimiento sexual con un nacimiento espiritual.

El nacimiento accidental que lleva a una muerte necesaria recibe otro nacimiento que ya asume la muerte y lleva a una resurrección. El iniciado es un “doblemente nacido”, un “hijo engendrado hoy”: la piel de Set, el asesino de Osiris, se convierte en la cuna donde Osiris resucita. Lo que se podía adivinar a través de los mitos de Osiris o Dionisio es revelado en realidad por Cristo. Y lejos de entenderlo, nos quedamos como Nicodemo: *nacer de nuevo, nacer de lo alto, ¿cómo puede ser?* (Jn 3,8).

Buscar un principio de razón suficiente para el nacimiento es destruir su libertad fundamental, su gratuidad irreductible, su gracia tal vez, y reducirlo a una evidencia sistémica: una parte bien encajada en el todo, una relación de algo con algo y no de alguien con alguien, adecuación y no alianza, explicación y no amor. A su lógica de nombres comunes, el nacimiento opone una genealogía de nombres propios, y apunta hacia un *Logos* (Verbo) que es también *Monogenos* (Primer-nacido).

## II. Denatalizados (planificación familiar para la extinción)

3. La racionalización del nacimiento, según una metafísica que olvida lo físico, conduce a la denatalización. En este sentido, conviene hacer un balance de la situación. Dos principios me parecen comandar nuestra posmodernidad: la certeza de la extinción, y la revolución, ya no humanista y política, sino trans-humanista y tecnológica (el “paradigma tecnocrático”, según una expresión uti-

---

<sup>5</sup> Voir Gilbert NARCISSE, *LES RAISONS DE DIEU. ARGUMENT DE CONVENANCE ET ESTHÉTIQUE THÉOLOGIQUE SELON SAINT THOMAS D'AQUIN ET HANS URS VON BALTHASAR*, ÉDITIONS UNIVERSITAIRES DE FRIBOURG, 1994.

<sup>6</sup> M. GODELIER, *MÉTAMORPHOSES DE LA PARENTÉ*, CHAMPS-ESSAIS, FLAMMARION, 2010, p. 409.

lizada por el Papa Francisco varias veces en *Laudato si'*).

La certeza de la extinción pone en cuestión la modernidad natalista. ¿Qué pasa con los “mañanas cantantes” si no hay más mañanas? La canción se te clava en la garganta. Sobre todo porque no se trata de la lejana irrupción de una calamidad cósmica. Es el propio proyecto moderno, el advenimiento de una sociedad en la que las personas estarían pacificadas por el confort y el consumo industrial, que se revela como el principal vector de destrucción del medio ambiente.

De ahí el descenso de la natalidad, especialmente en Europa, donde este proyecto optimista fracasó. En 1988, Jean Bourgeois-Pichat, director del Instituto Nacional de Estudios Demográficos, formuló la hipótesis de que Europa se igualaría a la tasa de fecundidad de la República Federal de Alemania, de lo que dedujo la desaparición total de las poblaciones europeas en torno al año 2250.<sup>7</sup> En Cerdeña, la tasa de fecundidad es hoy mucho más baja aún, por debajo de un hijo por mujer: la mitad de las escuelas han sido cerradas y los clubes deportivos han sido sustituidos por residencias de ancianos. Los italianos pueden tener a Dante y la “Ciudad Eterna”, pero parece que se han puesto de acuerdo para extinguirse.

Cioran escribió en 1973, un año después de la publicación del informe Meadows del Club de Roma: “Mi visión del futuro es tan *precisa* que, si tuviera hijos, los estrangularía a la hora”.<sup>8</sup> Está claro: no tendrá hijos, le faltará valor para estrangularlos cuando llegue el momento de cumplir con su deber. Su palabra revela algo más de lo que dice revelar. El gran pesimista afirma tener una visión muy precisa del futuro (al igual que los optimistas, por cierto). Hablar así es ya negar el futuro: si ya está ante nuestros ojos, no es más que un futuro proyectado desde el presente, un futuro sin futuro, un programa o una predicción.

En cuanto se convierte en una marca de verificación en una agenda, el nacimiento ya no es nacimiento, el comienzo de un sujeto separado, sino fabricación, la inserción de un objeto en el mundo. ¿Cómo podemos reprochar que la planificación familiar se centre en la promoción de la anticoncepción y el aborto? Concebir al niño en las ideas claras y distintas de la cabeza es ya dudar de que deba ser concebido en la oscuridad del vientre.

4. Esto nos lleva de nuevo al paradigma tecnocrático. En el pasado, el nacimiento era un evento de visibilidad. El niño salió del vientre de su madre, y entonces se descubrió si era niña o niño, deforme o sano. Por eso celebramos

---

<sup>7</sup> J. BOURGEOIS-PICHAT, « DU XXE AU XXIIE SIÈCLE : L'EUROPE ET SA POPULATION APRÈS L'AN 2000 », *POPULATION*, ANNÉE 1988, 43-1, pp. 9-43.

<sup>8</sup> CIORAN, *OP. CIT.*, p. 1351.

la Navidad: *Dum visibiliter Deum cognoscimus...* “Ahora que conocemos a Dios visiblemente, somos atraídos por él para amar las cosas invisibles (Prefacio de la Natividad I).

Si la Encarnación tuviera lugar en nuestro tiempo, estaríamos celebrando la primera ecografía de la Virgen. O el diagnóstico prenatal de Nuestro Señor. Con una secuenciación adecuada del ADN, habríamos tenido más claro el origen de su cromosoma. Y si esa radiografía hubiera permitido detectar preventivamente una muerte prematura en sus genes (por ejemplo, lo trinitario en forma de trisomía), habríamos podido levantar su cruz antes, plantarla en el vientre de su madre, antes de su predicación del Reino. La presentación fenomenotécnica del niño hace desaparecer la epifanía de su rostro. Lo sondeamos antes de mirarlo a la cara.

En la otra dirección, ya no hay necesidad de creer: una prueba genética puede demostrarte científicamente que tus padres son tus padres, ya no tienes que poner fe en su testimonio. Se eluden así dos dimensiones fundamentales del nacimiento: para los padres, el acontecimiento visible; para el niño, que no estuvo presente en el nacimiento o no lo recuerda, la fe en sus padres.

Esta anticipación y esta verificación tecno-científica pierden otra dimensión. Creemos que ya vemos, antes la venida al mundo, y así corremos el riesgo de no ver que el que se ofrece a la luz está eludiendo su propia ofrenda –que es lo que ya sugería al hablar del rostro–. El rostro del recién nacido, en su radical desnudez, incluso antes de ser descubierto, no es sólo algo, sino alguien, la aventura de otro, que excede el conocimiento y el poder.

El nacimiento es siempre doble. No es sólo venir al mundo, sino también venir a la vida, por utilizar una distinción hecha por Michel Henry. El recién nacido aparece de repente en el mundo como un ser externo, separado de la madre, pero, a través de su rostro, más allá de la exterioridad, es también el advenimiento de una interioridad, de una alteridad que no es la misma que los objetos de fuera. El nacimiento –más concretamente el nacimiento humano, aunque hay que admitir que todo animal no es un simple mecanismo objetivo, sino el centro de un mundo perceptivo– es siempre la llegada al mundo de alguien que no es sólo del mundo, ya que su conciencia reúne el mundo a su alrededor. Viene al mundo, pero es del Reino: es el mundo el que viene a él, siendo mundo sólo bajo su mirada, foco a través del cual se reproduce todo su destino. El hecho de que se dé una visión técnica antes de la separación abisal del rostro lleva a hacer de este último sólo una faceta de lo posible.

5. Ya he hablado de la tradicional duplicación del nacimiento, de mortales y dioses. ¿Qué queda hoy en día? El centro de obstetricia y el estado civil. Estado

civil para justificar su existencia social, con un número INSEE<sup>9</sup> único que le distingue de todos los demás, y que le sigue en todos sus trámites administrativos. ¿Cómo conocer con eso su vocación, más allá de su integración socioprofesional? El segundo nacimiento no sólo le dio el derecho de aceptar el primero, sino que también le indicó por qué o más bien por quién dar su vida.

Con Hobbes, la sociedad moderna ya no se constituye sobre la base del sacrificio por el bien, sino sobre la base de la preservación contra el mal. Se trata de una ontología burguesa, en la que la conservación tiene prioridad sobre la manifestación. Ya no se trata tanto de exponerse como de ahorrarse. Recordamos a Péguy insistiendo en que no son los libros de libertinaje los que pervierten al niño moderno, sino el libro de ahorro:

Así como hoy estamos pereciendo como pueblo de nuestros ahorros y de nuestra caja de ahorros, así intelectualmente estamos pereciendo de esta regla que es una regla de caja de ahorros intelectual.<sup>10</sup>

Pero ya no estamos allí. La posmodernidad ya no se basa en el ahorro y la acumulación, sino en la exposición virtual y el gasto autodestructivo. Cuando ya no hay nada por lo que dar la vida, es mejor darse la muerte.

En nuestra época, que es menos una época que un marco temporal, el último ritual del segundo nacimiento, el bautismo desesperado de la propia voluntad, el retorno del sacrificio reprimido, es la eutanasia. O el suicidio asistido. Michèle Causse, escritora y traductora de Melville, va a suicidarse en Suiza con la ayuda de la asociación Dignitas. No habla de suicidarse ni de morir. Utiliza otro verbo, que los comentaristas califican de “eufemismo”, y que a mí me parece que corresponde a una hipérbola especialmente significativa: no nacer.<sup>11</sup> En efecto, estamos en la era del no nacimiento.

## II. El rechazo haber nacido (un hijo conceptual de Anders y Arendt)

6. El primer marido de Hannah Arendt fue Günther Stern, alias Anders. Su unión duró desde 1929 a 1937, ocho años de estudio y ansiedad ante el creciente peligro, sin hijos. Sin embargo, más tarde, incluso en su separación, ambos intentaron pensar en el nacimiento. Incluso lo convirtieron en el princi-

---

<sup>9</sup> Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos [ndt].

<sup>10</sup> C. PÉGUY, *NOTE CONJOINTE SUR M. DESCARTES ET LA PHILOSOPHIE CARTÉSIENNE* (1914), IN *ŒUVRES COMPLÈTES EN PROSE*, III, BIBLIOTHÈQUE DE LA PLÉIADE, GALLIMARD, 1992, p. 1414.

<sup>11</sup> Voir le chapitre « Faire naître » dans mon livre *Qu'est-ce qu'une famille ? suivi de La Transcendance en culotte et autres propos ultra-sexistes*, Salvator, 2014.

pio de su resistencia: ella al totalitarismo, él a la segunda y tercera revoluciones industriales.

El totalitarismo es un régimen que no figura en la lista de los antiguos. Hitler y Stalin nos quieren hacer creer que es una especie de tiranía mejor armada. No lo es. Lo que especifica el totalitarismo es la “ideología en el poder”. Tal posibilidad presupone, sin duda, una mentalidad tecnicista, digna de un pintor que ha fracasado en la escuela de arte y cuyo resentimiento le ha empujado a otro terreno: la política no como acción, sino como hacer, y el pueblo no como una multitud de personas con sus propias historias, sino como un material que debe ser esculpido de la manera más bella. Esta tecnificación de la política, sin embargo, sólo obtiene su poder propagandístico y persuasivo al asemejarse a la ciencia aplicada, de modo que sólo la ciencia moderna hace posible el poder de la ideología. Sus decretos son la expresión de la ley general de la realidad. Aplicándolos bien, como un proceso de fabricación, conseguiremos el hombre nuevo:

La ley de la Naturaleza o la ley de la Historia, si se ejecuta correctamente, se supone que tiene como producto final la producción de la raza humana.<sup>12</sup>

El ser-producido debe, pues, suplantar al ser-nacido. El ser humano auténtico y pacificado no puede surgir de los azares bestiales del apareamiento, de las semillas del salvajismo y la desigualdad, sino de una planificación conforme al movimiento de la Naturaleza y la Historia. La esencia del terror totalitario no reside tanto en aterrorizar como en tranquilizar: todo drama será abolido gracias a la producción calibrada de un ser humano finalmente satisfecho de sí mismo y de su condición.

El terror, como obediente sirviente del movimiento histórico o natural, tiene así *el deber de eliminar* no sólo la libertad, cualquiera que sea el sentido particular que se le dé a este término, sino también la fuente misma de la libertad que *el hecho de nacer* confiere al hombre y que reside en su capacidad de ser un nuevo comienzo.<sup>13</sup>

7. ¿Qué es lo nuevo del nacimiento?, pregunta Anders. Siempre hemos nacido, según un proceso animal e incluso vegetativo. No hay innovación en esto. Sólo con la genealogía, la historia se repite. Sólo cambia a través de la tecnología. Lo que es innovador, lo que mejora constantemente, son las cosas que

---

<sup>12</sup> H. ARENDT, *LE SYSTÈME TOTALITAIRE* (1950, 1966), TRAD. J.-L. BOURGET, R. DAVREU, P. LÉVY, POINTS-ESSAIS, SEUIL, 1972, p. 206.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 212. *Cursiva añadida.*

están hechas, diseñadas según el espíritu, no según la carne:

Nuestro cuerpo de hoy es el mismo que el de ayer, es el mismo cuerpo que el de nuestros padres, el mismo que el de nuestros antepasados; el cuerpo del constructor de cohetes no es diferente del del hombre de las cavernas. Es morfológicamente estable. Desde el punto de vista moral, es rígido, recalcitrante, obstinado; desde el punto de vista de los instrumentos: conservador, imperfecto, obsoleto, un peso muerto en el irresistible ascenso de los instrumentos. En definitiva, *el tema de la libertad y la sumisión se intercambian: las cosas son libres, es el hombre el que no lo es.*<sup>14</sup>

*La obsolescencia del hombre comienza con un visitante*, T., que visita una exposición de máquinas muy sofisticadas. Frente a su perfecta eficacia, esconde sus manos, como herramientas demasiado rudimentarias. Entonces experimenta un nuevo *pudendum*: la “vergüenza prometeica”... A esto le sigue una denuncia del sistema tecnológico, que convierte al individuo en una suma de funciones mejorables, es decir, separables, y por tanto en un “dividuo”.

Sin embargo, al considerar demasiado las denuncias de Anders, es fácil olvidar su presagio. El subtítulo de su libro evoca “el alma en la era de la segunda revolución industrial”. Y una nota a pie de página, como de pasada, insiste en la negación que constituye el resorte principal, no sólo de la innovación posthumana, sino de toda la historia de la filosofía moderna: el rechazo de “haber nacido”.

Aquí está primero el cuerpo del texto:

Si intento profundizar en esta ‘vergüenza prometeica’, me parece que su objeto fundamental, el ‘oprobio fundamental’ que hace que el hombre se avergüence de sí mismo, es su *origen*. T. se avergüenza de haber *devenido* en vez de haber sido *fabricado*. Se avergüenza del hecho de que debe su existencia –a diferencia de los productos, que son irreprochables porque han sido calculados hasta el último detalle– al proceso ciego, no calculado y ancestral de la procreación y el nacimiento. Su deshonor, por tanto, radica en el hecho de “haber nacido”, en su nacimiento, que considera trivial (como lo haría el biógrafo de un fundador religioso) por la única razón de que es un nacimiento.<sup>15</sup>

La referencia al biógrafo del fundador místico ya sugiere que la crítica va

---

<sup>14</sup> G. ANDERS, *L'OBSCOLESCENCE DE L'HOMME, SUR L'ÂME À L'ÉPOQUE DE LA DEUXIÈME RÉVOLUTION INDUSTRIELLE* [1956], TRAD. C. DAVID, IVRÉA, 2002, p. 50.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 38.

más allá de la tecnología en sentido estricto. La alternativa entre ser nacido y ser fabricado va más allá del ámbito contemporáneo de la fabricación.

Anders no lo dice, pero este ajuste de lo nacido a lo hecho se relaciona con un problema epistemológico. Lo “hecho” es tan connatural a nosotros que constituye nuestro modelo primario de comprensión: “Te conozco como si te hubiera hecho” parece ser el extremo del conocimiento, transparente, operativo, capaz no sólo de describir y prescribir, sino de reconstruir y deconstruir.

8. He aquí la nota a pie de página:

El rechazo de “haber nacido” es un tema que siempre ha reaparecido, especialmente, por supuesto, en las religiones. Algunos fundadores se lavaron voluntariamente la mancha de “haber nacido” (Moisés). Encontramos un último eco del rechazo religioso a esta mancha en las reacciones a la teoría de la evolución, en la *indignación* ante la afirmación de que los humanos *procedemos* de otros seres. El último descrédito de “haber nacido” proviene de la revolución burguesa y especialmente de la filosofía que la acompañó. El “yo que se posee a sí mismo” de Fichte es la transcripción especulativa del *self made man*, es decir, del hombre que no quiere haber devenido, que no quiere haber nacido, sino que sólo quiere deberse a sí mismo como su propio producto. [...] ‘La propia oscuridad del hombre’, escribe Schelling, ‘se opone al origen desde el fundamento’. Heidegger es una *variante* tardía de Fichte: su concepto de “ser-eliminados” no sólo impugna el “ser-creado” por Dios, es decir, el origen sobrenatural, sino también el “haber devenido”, es decir, el origen natural.<sup>16</sup>

El rechazo del nacimiento contiene varios otros: el de un origen animal, el de una impropiedad trivial, el de una heteronomía. Todo ello corresponde a una “profanación” (confieso, sin embargo, que no entiendo la referencia a Moisés, salvo constatando en Anders cierta ignorancia bíblica: en Moisés, el nacimiento irrumpe en un contexto en el que cualquier mentalidad planificadora lo habría prohibido, pues sus padres ya tienen dos hijos, y él, el tercero, está condenado de antemano a ser arrojado al río).

Las palabras de Schelling son, sin duda, las más sintomáticas: alzarse contra el origen desde el fundamento, tal habría sido el esfuerzo de toda la filosofía hasta Heidegger inclusive -lo que yo llamo reabsorber lo genealógico en lo lógico, hacer del nacimiento el simple efecto de una causa (volveré sobre esto).

---

<sup>16</sup> G. ANDERS, *OP. CIT.*, PP. 38-40. EN LA EDICIÓN FRANCESA, LA NOTA, AQUÍ ABREVIADA, OCUPA TRES PÁGINAS.

Si volvemos al modelo de los instrumentos y su “irresistible ascenso” en la innovación, aparece la contradicción de todo constructivismo: cuanto más pretendo construirme, más quiero ser construido. El *self made* sigue siendo un *made*, y un *made for*. Lo que hace que la gente envidie la libertad de las herramientas es su propia heteronomía. Son perfectibles, es decir, cada vez perfectamente adaptados, y concebidos para una función que su nombre indica: el destornillador, el ordenador, el abrecartas... Me dicen inmediatamente lo que debo hacer con ellos, mientras que los nombres Günther o Jean-Paul siguen siendo muy imprecisos sobre sus respectivas finalidades.

En este sentido, la innovación técnica produce sin duda algo nuevo, pero a diferencia del nacimiento, no produce un “nuevo comienzo”. Los dispositivos más innovadores forman parte de un diseño racional, tienen un sentido predefinido.

Y aquí está lo más significativo: mi deseo de “sentido en mi vida” puede modelarse según el patrón de un propósito instrumental. Me levanto por la mañana y sé lo que tengo que hacer. – Algunos ven así la vida en el Espíritu Santo: Dios me *hizo para* esto o aquello, ¿cuándo entraré por fin en el automatismo del bien, cuándo mi acción se dirigirá infaliblemente hacia lo óptimo, gracias al algoritmo divino? Una cierta visión del progreso religioso puede haber estado en la raíz del progreso tecnocrático: el sueño de recuperar no el tiempo, sino el instinto perdido. Más que nunca es cierto el adagio según el cual, quien quiere ser un ángel se convierte en una bestia. Y en este contexto, no es bueno nacer humano. El ideal se asemeja a una regresión intrauterina: el dichoso calor de un refugio donde toda la alimentación se realiza por cable. En nombre de esta regresión intrauterina como ideal del superhombre, se puede abogar fácilmente por la interrupción del embarazo. ¿De qué sirve cortar el cable si el objetivo es estar hiperconectado?

Lo vemos: el fundamento racional frente al origen carnal pone en juego toda la historia de la verdad como conocimiento propositivo. Sólo es cierto lo que es verdadero para todos en todo momento. A partir de ahí, cuanto más verdadero, más impersonal, necesario, metafísico en el sentido de antifísico. Esta “verdad” sólo puede acabar rechazando el nacimiento carnal, que es siempre personal y contingente. A no ser que la Verdad nazca sobre la paja, entre el estiércol y el abono, en uno de esos días oscuros de la historia, y pueda decir a Tomás: *Ego sum via, veritas et vita* - Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6).

### III. Lo lógico y lo genealógico

9. La reducción de lo genealógico a lo tecnológico-mercantil es un signo de nuestro tiempo. La biotecnología pretende proporcionar, con la mejor

de las intenciones y un gran sentido de la deontología, un producto viable e impecable con servicio postventa. El poder sin precedentes que la tecnociencia contemporánea pretende monetizar sigue siendo, sin embargo, un engaño. Esta reducción viene de más atrás. Corresponde exactamente a lo que la Biblia llama idolatría.

Un padre consumido por el dolor prematuro se hizo una imagen de su hijo que había muerto demasiado pronto (Sab 14,15).

El nacimiento que lleva a la muerte debe ser superado por una fabricación controlada. Lo que fue concebido en la oscuridad del vientre materno debe ser concebido en el espíritu y sus luces inmortales. Esto, por supuesto, es por el bien del niño, aunque éste ya no sea estrictamente un niño, sino un producto. ¿Cómo podemos las personas racionales dejar el origen humano a los procesos vegetativos? Imaginemos que el medio ambiente se vuelve radiactivo: ¿no tendrán nuestros laboratorios el deber de producir una descendencia humana modificada por los genes del *Deinococcus radiodurans*, una bacteria poliextremófila?

Vuelvo a Cioran.

Sé que mi nacimiento es una casualidad, un accidente risible, y sin embargo, en cuanto me olvido de mí mismo, me comporto como si fuera un acontecimiento capital, indispensable para la marcha y el equilibrio del mundo.<sup>17</sup>

El nacimiento parece estar siempre atrapado en el equívoco del accidente risible y del acontecimiento capital, de la dependencia del linaje y de la libertad fuera de la norma, de la integración en el mundo y del yo soberano. De ahí la oscilación entre el azar y la necesidad, la trivialidad y la dignidad, la animalidad y la racionalidad, y la tentación de reducir una a la otra. Porque el olvido del que habla Cioran juega en ambas direcciones: nihilista (sólo soy una cantidad insignificante) y absolutista (soy lo que el mundo esperaba). Dos posiciones que, sin embargo, se conciertan: compenso el azar por la necesidad, el nacimiento contingente por la fabricación óptima, la facticidad por la libertad...

10. Todas estas dicotomías tienen en común que proceden de una perspectiva lógica, y que olvidan lo genealógico. Porque no es el olvido del ser la verdad de nuestra historia, sino el olvido del Padre. Y de este olvido no se sale por un simple desvelamiento (*aletheia*) –el desvelamiento del padre, borracho y desnudo, nos lleva siempre a la burla de Ham. Requiere una revelación (*apocalypsis*).

---

<sup>17</sup> CIORAN, *OP. CIT.*, P. 1273.

El lógico procede por deducción abstracta y atemporal, el genealógico por nacimiento concreto y azaroso. Lo lógico va de algo a algo: es el silogismo; lo genealógico va de alguien, e incluso de algo a alguien: es el engendramiento. El lógico observa el principio de razón suficiente; el genealógico obedece a un don de vida injustificable. El lógico capta el mundo en términos de causalidad; el genealógico lo recibe en términos de paternidad y maternidad. La lógica se remonta a una causa más o menos primera: “El universo salió del Big Bang – o de un ingeniero divino”. La genealogía busca un padre: Estos son los engendros de los cielos y de la tierra (Gn 2,4).

Pero, ¿qué es lo primero? ¿Ser o nacer? Esa es la cuestión.

El filósofo griego lo demostrará: - Es la lógica, con sus silogismos, sin la cual retrocederíamos a teogonías imaginarias.

Y tendrá razón.

El rabino judío rebatirá, citando a otros rabinos, con versos bíblicos y complicaciones talmúdicas: -Es lo genealógico lo primero, con sus *toldot*, sin lo cual la revelación de los demás se reduciría al desvelamiento del ser.

Y será desmentido.

Probablemente no sea el griego quien lo contradiga. Más bien, lo ignorará y lo tachará de ignorante o relativista. El rabino será primero contradicho por otro rabino, y esta contradicción proporcionará la mejor prueba de lo que está diciendo. Otro se opone a él, en una diferencia irreductible, que no puede resolverse en algo, en un conocimiento propositivo, ya que tal conocimiento sólo surge en una conversación entre alguien y otro, padre o madre e hijo o hija, hombre y mujer, mayor y menor, y finalmente de uno a otro...

Al decir esto, nótese que sigo hablando el lenguaje de la lógica (aunque sólo hablo en respuesta a los maestros -Thomas, Emmanuel, Jean-Louis, Jean-Luc, Gilles... - y, más arriba, a mis padres -Bernard y Danielle- para seguir dirigiéndome a los lectores). En efecto, no debemos quedarnos con teogonías imaginarias, sino identificar la realidad de la que son signo. Esta realidad, sin embargo, marca la precedencia del Padre sobre la Causa, y nos recuerda que el Verbo (o la Razón) es eternamente el único Hijo: *genitus non factus*, engendrado no hecho.

11. El Credo utiliza el léxico del nacimiento más que el de la causalidad. Este último se multiplica en su traducción al francés mediante un participio explicativo y yepletivo: *Dieu (né) de Dieu, Lumière (née) de la Lumière, vrai Dieu (né)*

*du vrai Dieu. Dios (nacido) de Dios, Luz (nacida) de la Luz, Dios verdadero (nacido) de Dios verdadero.*

Este es el verdadero acontecimiento del Concilio de Nicea.

Mientras que para Arrio, Dios es Dios en tanto que no engendrado, es el nombre de Padre el que pone en primer plano Nicea (seguido por San Atanasio, San Basilio, etc.). Dios es Padre de un Hijo.<sup>18</sup>

El Concilio, según Gilles Emery, pretendía atestiguar no tanto la divinidad del Hijo como la paternidad de Dios y, por tanto, más allá de la igualdad de las personas divinas, la modalidad de su procesión y la eterna anterioridad del engendramiento sobre la causalidad.

Me complace reconocer, en el Concilio de Nicea, un Concilio profundamente judío. Habla griego, pero traduce el lenguaje bíblico, por muy desconcertante que sea a primera vista para la argumentación racional. Atestigua la asombrosa primacía de lo genealógico sobre lo lógico, de modo que la metafísica parece estar envuelta por la Revelación, y no al revés.

Tomás de Aquino se empeñó en mostrar que en Dios “el nombre Padre no es una imagen o una metáfora, sino un nombre que se aplica *propriamente* a la persona divina”.<sup>19</sup> Y nunca dejó de recordar que el engendramiento, dentro de la Trinidad, no podía reducirse a la causalidad. Por eso los doctores latinos hablan de un “principio” en relación con el Padre, mientras que los griegos, que siguen confundidos, siguen hablando de una “causa”.<sup>20</sup>

Mejor aún (y más asombroso para el metafísico):

Los términos “generación” y “paternidad”, como los demás nombres atribuidos a Dios en sentido propio, se dicen en primer lugar de Dios y no de las criaturas, al menos en cuanto a la realidad significada, y no en cuanto al modo de significación.<sup>21</sup>

Esto parece una *locura en el mundo y confunde a los sabios* (1 Co 1,27). El nacimiento es lo que compartimos con las plantas. ¡La paternidad es un atributo que mi vecino imbecil se ganó sólo por acostarse con la zonga de su mujer!

---

<sup>18</sup> G. EMERY, *LA THÉOLOGIE TRINITAIRE DE SAINT THOMAS D'AQUIN*, CERF, 2004, p. 187.

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> Voir saint THOMAS D'AQUIN, *SOMME DE THÉOLOGIE*, I, Q. 33, A. 1, AD 1.

<sup>21</sup> *Ibid.*, a. 2, ad 4.

¿Cómo podría decirse que esta cosa vegetal o animal, tan relativa, tan física, tan azarosa, es *per prius* de lo absoluto mismo? Para colmo, Tomás señala lo contrario de lo que lógicamente pensaríamos: esta prioridad se afirma *quantum ad rem significatam*, no *quantum ad modum significandi*. Pero no, es la realidad misma de la paternidad y del nacimiento lo que es divino, y es del Padre de mi Señor Jesucristo que toda paternidad en el cielo y en la tierra toma su nombre (Ef 3,14 para leer bien Ex 3,14 – El que es, es ante todo el Padre).

Ciertamente, para pasar del modo de significado mundano al modo de significado celestial, es necesaria una purificación del término. Y para ello, siguiendo a Agustín y a muchos otros, Tomás recurre a la lógica: el acto de pensar y de amar, la procesión de la inteligencia y del amor desde la mente, sirven para poner mejor de manifiesto el modo de significación infinito –más ultra-físico que metafísico– de la paternidad y filiación divinas. Pero lo lógico queda aquí supeditado, subordinado a lo genealógico. Está ahí menos para iluminar que para dilucidar, acoger y engrandecer lo donado (*don-né*), lo que se entrega por engendramiento. El Verbo es ante todo Hijo del Padre.

12. Lo que vemos aquí tiene enormes consecuencias para el pensamiento. La primacía del Padre sobre la causa y, por decirlo en lenguaje lógico, del nacimiento sobre la deducción, o de lo genealógico sobre lo lógico, implica otras primacías: del acontecimiento sobre lo consecuente, de la memoria sobre la teoría, de lo narrativo sobre lo deductivo, del juicio sobre la prueba, de lo kerigmático sobre lo apologético, de la vocación sobre el sentido, del testigo sobre el estudioso, del niño sobre el sabio...

En aquel momento, respondiendo, Jesús dijo: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los entendidos y se las has revelado a los niños” (Mateo 11,25).

Por la boca del recién nacido y de los que están en el seno, has fundado tu fuerza contra tus adversarios (Sal 8,2).

Esta primacía del engendramiento sobre la causalidad va más allá de las dicotomías ligadas al nacimiento, ya que atestigua un libre advenimiento de la realidad a partir de una filiación. Los supera, pero no los suprime, porque no constituye una manifestación. Es imposible demostrar que es bueno nacer. Se puede dar testimonio de ello, reconociendo el don del Hijo por el Padre, y la conveniencia –no la obviedad– de este don, ya que Dios no tiene por qué. En efecto, la creación y la redención están suspendidas en la voluntad del Padre. En su poder absoluto, podría no haberlos ordenado. Entre el ser creado y Aquel que es, hay un hiato, una contingencia, que sólo es atravesada por nuestra participación en la libertad de un engendramiento divino.

¿Cómo podemos aceptar el hecho de haber nacido? Ni nuestros razonamientos ni nuestros padres son suficientes. Los padres tienden a crear imágenes de su hijo para posponer su mortalidad. Y el razonamiento, racionalizando el nacimiento, tiende a confiarlo, no a padres y madres, sino a expertos y matrices. Así que los padres deben dirigirnos al Padre. La razón debe inclinarse ante el Logos que es el Hijo, y este Hijo debe ser a la vez el *primer nacido* (*prototokos*) antes de toda criatura (Col 1,15) y el *primer nacido de entre los muertos, para que tenga la primacía en todo* (Col 1,18).

Esta aceptación de haber nacido, con todos los defectos que ello implica, y la posibilidad hasta el último día de ser un monstruo o un santo, seguirá siendo siempre más nueva que cualquier innovación. La innovación está condenada a la obsolescencia de los objetos, mientras que el nacimiento es el advenimiento de un sujeto, sin duda, pero sobre todo, decir sí al propio nacimiento es decir sí a todo el universo y a toda la historia, y reconocer en ellos, no un sentido, sino una vocación: “Rebelarse contra la herencia”, decía Cioran, “es rebelarse contra miles de millones de años, contra la primera célula”.<sup>22</sup> Aceptarlo, por tanto, escuchando la llamada del Padre, es mejor que justificar, por razonamientos, miles de millones de años, y la primera célula.

---

<sup>22</sup> CIORAN, OP. CIT., P. 1272.